
NILITA VIENTOS O LA CONCIENCIA INTELLECTUAL PUERTORRIQUEÑA

Por: Dr. Javier Ciordia Muguerza
UPR - Ponce

“El intelectual, la voz de la conciencia de su pueblo”. Nilita Vientós, **Índice Cultural**, V, pág. 115.

I. PERCEPCION PERSONAL DE NILITA:

Al esbozar este ensayo de interpretación de una vida y de una obra, mi compromiso intelectual se reduce, al margen de posibles simpatías o recelos ideológicos, a la presentación objetiva y fidedigna de lo que a mi juicio es y representa Nilita Vientós Gastón. Escribo estas notas a la luz de los cinco volúmenes que integran su **Índice Cultural**, que suman unas 1,224 páginas y que comprenden, aproximadamente, unas 350 reseñas y/o ensayos.

He contado, así mismo, para mi redacción, con el asesoramiento de otras publicaciones suyas y con no pocos escritos sobre ella, aunque el cuadro de mi exposición se enmarca, sobre todo, en el **Índice** que se extiende desde 1948 hasta 1966 inclusive. Desde el punto de vista espacial, esta obra recoge los acontecimientos socio-culturales más significativos de Occidente durante ese período. Estos acontecimientos se llaman, en la mayoría de los casos, libros. Libros que Nilita reseña con espíritu crítico, es decir, con objetividad y subjetividad a la vez. Sus reseñas, género en el que a fuerza de oficio se hace expertísima, resumen enjundiosamente lo mejor de cada uno, su nota más propia, su más específico aporte. Pero, al mismo tiempo, ella se introduce, intelectualmente, en sus comentarios, de manera que éstos expresan, no sólo las vibraciones más entrañables de los libros, sino las de Nilita Vientós también; lo que hace que el **Índice Cultural** se convierta en una especie de biblioteca depurada y compendiosa, llena de luces y de voces selectas, al par que reflectora de la idiosincracia intelectual de Nilita.

Para el lector, el **Índice** constituye un mirador altísimo, otro Asomante, sin duda, desde el que esa eterna asomada de mirar avizorado que es su autora capta el variado y amplísimo panorama cultural de nuestro mundo.

Pero no es esto sólo. Al que se adentra en estas páginas se le va revelando poco a poco el perfil

psicológico, el talante, la identidad secreta de la reseñadora, hasta que se delinea y se reconfigura plenamente su silueta espiritual; una silueta de trazos firmes y exactos. Personalmente me la represento y la percibo como una personalidad dinámica, agresiva, en el sentido original y positivo del vocablo, perspicaz, incisiva, auscultadora de cuanto la rodea, insaciable y voracísima lectora. Porque la verdad es que Nilita Vientós lee mucho, muchísimo y sobre muchas materias. Lee... “múltum et multa”, que dirían los clásicos. Lee, además, a un ritmo vertiginoso y por puro interés fruitivo; por vocación, más que por deber. Creo que no me equivocaría si afirmara que ha sido -sigue siendo aún, posiblemente- la lectora más heterogénea y más vasta de Puerto Rico. De ahí su universalismo cultural, ese humanismo hondo que la caracteriza y que tanto contrasta con los “ghettos”, con los reductos de las especializaciones.

Si los libros se nos presentan como sus contertulios permanentes, es porque lo son. Y lo son, porque dialoga con ellos, porque los interroga, porque los acecha y fiscaliza, porque reacciona críticamente. Y si escribe, lo hace por reacción. En este sentido, sus glosas no son más que puras reacciones; reacciones que reflejan un espíritu independiente, un tanto ácrata quizá, insobornable, polémico, inconformista, con el inconformismo propio de los creadores, aunque no iconoclasta ni subversivo. Porque, ni asimila “tatuajes”, ni se deja aprisionar por las “construcciones” ideológicas, ni la parten las consignas de los partidos. Nilita no responde más que a sus convicciones. Por eso, cuando se compromete, lo hace sólo con las causas que en su fuero interior considera justas. Estas causas son, de ordinario, las del pueblo, como su “curriculum vitae”, jalonado de pleitos y debates jurídicos, lo evidencia. En éstos resplandece no sólo su liderazgo intelectual de creadora de conciencia pública, sino su entereza de ánimo, su resistencia, su disponibilidad generosa, su inagotable energía. Un español amigo suyo, Ricardo Gullón, la definió hace ya más de una década, como la “encarnación del movimiento continuo”.¹ ¡Imagen cabal! Pocas cosas tan hermosas se habrán dicho de ella. Ya

... el nombre le había cambiado el nombre, llamándole "Trilita". Genial, también, realmente. Luego, Aurora de Albornoz, escribiría:

"Si Nilita fuese multiplicable por muchos treses, el mundo correría más de prisa hacia la justicia, la libertad, la cultura".²

No lo dudamos: sus tres grandes pasiones son, precisamente, éstas. Y las tres son pasiones de crecimiento en humanidad.

II. IDEA Y MISION DEL INTELLECTUAL, SEGUN NILITA VIENTOS GASTON

El intelectual es una especie que está a punto de desaparecer por la asfixia de la burocracia y por el ahogo que suponen las especialidades. ¡Y cómo se fomenta este ahogo!

Según Nilita, como la esencia de la inteligencia consiste en "el espíritu crítico", en el pensamiento libre y en el ansia de renovar la sociedad (I, 158), al intelectual auténtico lo ornamentan esas mismas cualidades y actitudes. Su compromiso se perfila como una guerra a muerte contra el conformismo dogmático y contra toda falsedad humana; contra la dicotomía, sobre todo, entre el aparecer y el ser. El intelectual que se amancebe, teórica o prácticamente, con otros intereses, se prostituye, se degrada, se descalifica. Debe interesarse, sí, en la política, pero intelectualmente, sin dejarse sustraer por el poder político ni por el consumerismo de las ideologías con sus veleidades y desplantes. La función del intelectual la cifra, fundamentalmente, en el ejercicio libre de su pensamiento:

"Es un liberal. No cree en dogmas políticos ni religiosos. Se niega a ver a la humanidad en abstracto y mira a todos los hombres como personas. Sabe que... la indiferencia política es tan peligrosa como la sumisión al partido o la entrega a una ideología." (II, 260)

Pero, por cuanto mira, sobre todo, al desorden del mundo, sus carencias, errores, vacíos, caos..., el intelectual podrá declinar hacia actitudes de anarquía, como los protagonistas de Baroja; o abdicará de la realidad, refugiándose en el irrealismo del absurdo, como los personajes kafkianos; o caerá en la indiferencia, como el desmadejado Marsault, de *El extranjero*, de

Camus' o en la acción testimonial y desesperada como el Dr. Tarrou, de *La peste*. Lo que, Nilita, ha de evitar a toda costa, es convertirse profeta de salvación o de catástrofes, ni utopista-futurista tampoco, ni menos todavía fanático. Como señalara Clara Cuevas en reportaje de 1974 sobre Nilita: "Un intelectual ser lo más ajeno a un Mesías".³

El intelectual nato somete la teoría práctica y la práctica al criterio. El intelectual es el hombre para quien, al revés que para el político, son más importantes los medios que los fines. Los políticos suelen usar y utilizar al intelectual que suben al poder; después, de ordinario, lo rechazan. (IV, 108) Pero, si no lo rechazaran, mismo debería eximirse y desvincularse del poder a fin de mantener siempre su derecho a ser "desleal al régimen, si así lo exigiera su lealtad a la verdad y a la justicia. Lo más próximo, acaso, a un intelectual es, en la significación etimológica del vocablo, escéptico, un reflexionador. Y, según Nilita, decir, sobre todo, "la voz de la conciencia del pueblo" (V, 115). He aquí la página suya, en la que mejoro a mi juicio, lo bosqueja:

"El intelectual es el testigo crítico de su tiempo, la voz de sus contemporáneos más conscientes. Su función es descubrir la realidad que esconden las apariencias, protestar contra la crueldad, la falsedad, la injusticia, ser enemigo de todo lo que lesione la dignidad del hombre. La crítica que le exige su espíritu no es fácil. Es, por el contrario, la más difícil. Valiente contra la complacencia de la sociedad, insiste en protestar y señalar sus fallas, no por mero alarde de rebeldía ni por afán de contradecir, sino por ansia de mejorar la condición del hombre, por hambre de justicia, amor a la verdad y genuino sentido de la libertad. Ningún tiempo es fácil para el que como el intelectual vive realmente en él. Su misión es ayudar a conservar y dar vitalidad a los valores en que se apoya nuestra civilización." (V, 110)

III. NILITA VIENTOS, INTELLECTUAL

Definitivamente, lo que la licenciada Vientos exige al intelectual se cumple en ella que, como intelectual nata es tanto una testigo clarividente de una sociedad y una denunciadora insobornable de sus males, como una abogada enérgica de las causas justas y una juez inmisericorde de sus trampas. Y

todo, con un propósito: hacer más habitable nuestro mundo, tarea que coincide, en gran medida, con lo que para ella representa la misión del artista, que es, justamente, la de “inventarse un mundo más hermoso y más justo que el que vive, el mundo de la fantasía, sin el cual, acaso, no se podría tolerar la realidad.” (V, 222)

En este sentido, una de las formas más eficaces para mejorarlo la encuentra en la creación de escuelas de arte. Entiende, al respecto, que es un deber del Estado y de los ricos el fomentarlas, porque: “Estimular el arte, hacer posible la labor del artista es uno de los mejores modos de hacer patria y una de las más encomiables inversiones.” (I, 207)

Naturalmente, si el arte contribuye a construir un mundo más hermoso y más habitable, se debe aplaudir y respaldar todo lo que lo fomente. Desafortunadamente, ese tipo de contribución se requiere hoy más que nunca, porque es una sociedad “caótica y desquiciada”, una sociedad que se ha convertido en un infierno por la obsesión del poder y la crisis de los valores (V, 192). Y esto, con la agravante de que ya no ve el futuro como superación, en la línea de la esperanza, sino como decadencia: “Antes -escribía ya en 1949- cuando los hombres fantaseaban sobre el futuro le (sic) imaginaban siempre mejor. Hoy, por el contrario, parecen haber perdido la ilusión de la perfectibilidad. El sueño del estado ideal se ha convertido en pesadilla, la muerte de la utopía.” (I, 68)

Pero, ¿en qué se cifra, propiamente, la habitabilidad del mundo? Su respuesta se podría condensar en la realidad que representan para ella tres palabras: cultura, libertad y justicia. Por desgracia, las tres se encuentran en una situación precaria: la cultura, porque no se lee; la libertad, porque no se la tolera y, la justicia, porque el hombre se ha inventado mil y una trampas para zancadillearla y entorpecerla. Estas trampas van desde las declaraciones de guerra hasta la fabricación de armas bacteriológicas; desde el racismo y la segregación racial, hasta la xenofobia; desde la calumnia y la mentira sistemática -la trampa del aparecer-, hasta la pena de muerte. La máxima expresión de cultura y “expresión maravillosa del hombre” (III, 11), a la vez, es el libro. De todo lo que el hombre ha inventado, no hay nada “tan a su imagen y semejanza” como éste, y “nada expresa mejor su afán de vivir”. (III, 11). El libro, “eco de miles de voces de tiempos distintos”, “nos hace comprender el verdadero sentido del pasado que es

ayudar a vivir mejor el presente”. (III, 12). Más aún: “lo que un pueblo lee determina en gran medida lo que es” (I, 43), y, “si pierde el respeto por lo que simboliza el libro, todos sus valores, incluso los religiosos están en peligro de desintegrarse y desaparecer”. (III, 113)

Felizmente, el progreso educativo ha conseguido disminuir el analfabetismo; pero, aunque son muchos más los que saben leer, el número de los verdaderos lectores, de los que leen no sólo para informarse, sino para ser, parece haber disminuido. (I, 43 y 159) Pero, leer, ¿para qué? Su respuesta se impone: para entenderse mejor: “Si los hombres leyera más se entenderían mejor. Y entenderse con los demás es, a fin de cuentas, el máximo objetivo del hombre. (I, 161)

Nilita opina, pues, que el que lee aprende de algún modo a convivir y que la convivencia constituye la forma suprema de cultura.

Además del libro, exalta el valor y el poder de la prensa para forjar a los hombres y a los pueblos en la línea de sus tres palabras claves: libertad, cultura y justicia. La exalta tanto que llega a proferir que “una ciudad sin periódicos es una ciudad sin espíritu” (IV, 18) y que una buena prensa tiene el poder de gobernar a un pueblo. Recuerda, a este respecto, el gran estadista norteamericano Jefferson cuando escribió que, si tuviera que decidir entre un gobierno sin periódicos o periódicos sin gobierno no dudaría en escoger lo último. Y comenta: “Tenía razón. Porque una sociedad con una gran prensa consciente puede ayudar a crear un gobierno, pero un gobierno sin ella va camino de corromperse o destruirse” (II, 244-451)

Ahora bien, la calidad de una prensa, como la de una persona, se mide por su modo de utilizar el poder, que es, en el caso, un poder de información de la conciencia pública. Y en esto, lo que importa no es lo que la gente quiere, sino lo que debe querer. Por otra parte, la prensa no se puede reducir a comercio ni se debe subordinar en ella todo al negocio. Es mucho más. Cuando actúa primordialmente por intereses crematísticos se desautoriza a sí misma. Su misión consiste en presentar y enjuiciar los acontecimientos de cada día con criterio independiente y libre, con honradez, sin miedo a la verdad. Cuando no se procede así se traiciona. Uno de los poderes más valiosos de la prensa es el de la depuración y mantenimiento de la democracia, empresa que no se puede realizar si faltan los auténticos órganos de expresión: “No hay democracia sana si la opinión pública no gravita

constantemente sobre el gobierno e influye en sus decisiones". (III, 105)

Esto significa que hay que desterrar de ella y de todas las formas de expresión creadora, la censura, suplantándola, eso sí, por la autocensura, tan imperativa hoy:

"Soy enemiga declarada de la censura. Al imponerla se corre siempre el peligro de incurrir en un mal mayor que el que se intenta corregir; es un ataque a la libertad de expresión. Pero creo en la censura que por convencimiento de la necesidad de sus fines nos imponemos a nosotros mismos. Es la única válida y provechosa. La vida entera de una comunidad, la de un individuo, se apoya en un sinnúmero de restricciones. Es el pago obligatorio para que perdure una sociedad, para que puedan convivir sus componentes. La mayor libertad exige siempre mayor rigor." (II, 244)

Lo único bueno que encuentra en la censura es su paradójica eficacia mercantilista: "No hay mejor anuncio para un libro que prohibirle (sic) por inmoral". (IV, 219)

Es ésta una observación que se repite con insistencia, casi en forma de "slogan", con muy leves variantes:

- "No hay anuncio más eficaz y rápido que la censura" (V, 73)

- "No hay mejor anuncio para una obra de arte que tacharla de inmoral" (IV, 42)

- "La censura (de una obra), como sucede siempre, ayuda a difundirla, despierta interés hasta en los lectores incapaces de comprenderla" (IV, 16), hasta en la "gente que no siente el menor interés por conocer lo que dicen sus autores" (IV, 42)

La razón básica para rechazarla estriba, según ella, -juicio acaso discutible-, en que merma la creatividad: "La censura es enemiga de la creación... No hay auténtica creación cuando se impone determinada ideología al creador. (III, 122)

Pero, junto a ésta, aduce otra más metafísica: la de que merma la libertad, siendo así que el proyecto instantáneo e inexcusable del hombre se centra, precisamente, en su liberación progresiva, porque su ámbito propio, el elemento único en el que se desarrolla su vida como vida humana es el de la libertad y nadie puede liberarse plenamente, si la sociedad en que vive no es una sociedad libre. La libertad crea cultura y la cultura, a su vez, crea libertad. Por eso vivir es hacerse libre. Por eso, igualmente, la forma de gobierno que Nilita estipula y respalda es la democracia. Lo hace así por diversas razones:

- porque entiende que es el sistema político más perfecto que ha creado el hombre y que más fe tiene en él;

- porque es el que más respeta y protege el pensar y el sentir de las minorías;

- y porque es el que más da y más posibilita a los que viven bajo su forma de gobierno.

Por contrapartida, es también el que más exige de sus ciudadanos y el que más lleno está de peligros, "por razón de los principios que constituyen su esencia: la libertad de expresión, la tolerancia, el ideal de igualdad y el respeto a la persona". (V, 51)

La democracia posee el sentido de las diferencias, que es el sentido de la naturaleza y de la vida, de la libertad y de la cultura, de los individuos y de los pueblos. (I, 215)

Ahora bien, la democracia hay que practicarla; esto es, no se debe defender sólo en teoría y en abstracto, sino en concreto, caso por caso y disidencia tras disidencia, no sólo porque la disidencia es muchas veces la única forma de amar a la patria y al prójimo, sino porque la historia, las gestas heroicas y constitutivas de una nación suelen ser obra de disidentes.

IV. SENTIDO ISLEÑO DE L INTELLECTUALISMO DE NILITA VIENTOS

Me limito, al esbozar este apartado, a cuatro puntos: el sentido de la identidad, el del "status", el de la lengua y el de las instituciones culturales. En el fondo, los cuatro son uno: el sentido de Puerto Rico, eje central y polo de atracción de todas las inquietudes intelectuales y de la vocación más íntima de Nilita Vientós.

1. Sentido de identidad:

La revista **Asomante - Sin nombre** (1945-1985), vanguardia de la intelectualidad femenina isleña, representa para mí el esfuerzo más lúcido y el liderazgo intelectual más consistente durante los últimos cuarenta años, por crear una cultura y una conciencia de puertorriqueñidad, no al margen, sino en sintonía con el contexto hispánico y con todo el occidente. **Asomante - Sin Nombre** se sitúa en la onda de los que indagan las raíces de su ser, pero no para aislarse, no para insularizarse ni anclarse en el pasado, sino para hacer y crear su presente desde la conciencia de su idiosincracia, desde su vocación nacional de pueblo. En este sentido, **Asomante - Sin Nombre** ha sido, sin género de dudas, la revista más

telúrica y autóctona, la menos burocrática y la más eficaz, la más nacional y la más universal de las revistas de Puerto Rico: una gesta heroica, un capítulo glorioso de la cultura puertorriqueña. **Asomante-Sin Nombre** ha sido y seguirá siendo - pues su eficacia de configuración prosigue - la cultura haciéndose patria. Porque como ella lo formuló desde la primera página del primer número, "Pensar que sólo se hace patria haciendo política es el más craso y estéril de nuestros errores." ⁴

Esta preocupación raigal de hacer patria haciendo cultura es la que ha arrancado sus mejores páginas, las más apasionadas y luminosas a la vez del **Indice Cultural**.

2. El sentido del "status":

Se podría decir que el problema primordial, raíz y clave de casi todos los otros es, para Nilita, el del "status" político:

"Hasta que Puerto Rico no resuelva el vital problema de lo que ha de ser, hasta que no vea claro su destino, hasta que no veamos qué labor hemos de realizar como pueblo, ésta ha de ser indudablemente nuestra preocupación fundamental." ⁵

Puerto Rico tiene, por tanto, que auto-descubrirse, que autorrevelarse. Nilita analiza sucesos, efemérides culturales, publicaciones, instituciones, leyes... en busca siempre de lo que constituye la esencia de la Isla y de lo que ésta debe ser. Si Puerto Rico ostenta a cada rato, con insistencia machacona, su conciencia de nacionalidad es porque, a su juicio, no la tiene; o, por mejor decir, porque le duele el modo de tenerla. Pues, así como una persona sana carece de la conciencia de su organismo, así, igualmente, una nación saludable. (II, 204). La conciencia de un órgano se adquiere cuando empieza a molestarnos o a dolernos. Ese "nosotros los puertorriqueños", tan reiteradamente repetido, refleja, sin duda, esa conciencia de carencia a la que Nilita alude. Porque, aunque Puerto Rico sea realmente un pueblo, no lo es a plenitud, ya que carece de soberanía, razón por la cual falta también una filosofía de la educación. (V, 181-182)

Y razón, así mismo, por la que corre el riesgo de crearse una "psicología de vitrina", como la que la analista entiende que padece el país. En aras de esta psicología se sacrifica el verdadero ser al parecer (V, 64), instalándose el pueblo, como resultado, en la inautenticidad. Un ejemplo, que podría presentarse como prueba de ello, sería la pretensión de confección del traje típico nacional, que Puerto Rico no tiene. Dicha pretensión no sería más que un "intento de falsear lo que somos". (I, 204) Lo mismo observa respecto al problema del "agüeybanismo" o puertorriqueñidad contra occidentalidad. Ella entiende que se trata, de nuevo, de un problema mal planteado y que no refleja, otra vez, más que "la confusión espiritual en que vive el pueblo puertorriqueño, a causa de la falta de confianza en su destino como pueblo". (I, 146) Nilita, que nos recuerda, en su afán de recoger y unificar el alma fragmentada y dispersa de Puerto Rico, a Pedreira, repetirá una y cien veces que no hay oposición entre lo auténticamente nacional y lo universal:

"Lo auténtico nacional - a diferencia de lo nacionalista- logra alcanzar en arte la categoría universal. Porque lo nacional no excluye lo universal, es un aspecto de éste y como tal comprensible para los hombres de otras patrias." (I, 146)

Lo nacional es el único camino para llegar a lo universal. (V,178) Eso sí, no puede admitirse insiste - que pueda existir verdadera cultura nacional en un pueblo, si éste carece de soberanía política; es decir, "si su destino político le es ajeno" (V, 178). Por eso, negar a Puerto Rico su derecho a ser un país soberano equivale a secuestrar su historia e ir contra ella, como según entiende, ocurre ahora, ya que el gobierno de los Estados Unidos y el de Puerto Rico no son dos gobiernos, sino dos facetas del mismo (V, 178), dado que todas las decisiones fundamentales que afectan a la Isla, las toman los norteamericanos y no los puertorriqueños. Estos - afirma - "no tienen libertad para decidir ninguna de las cuestiones vitales del país, ni voz para expresarse y hacerlas valer en los organismos internacionales" (V, 115).

Así pues, cataloga la situación actual del "status" puertorriqueño como una de corte colonial, que imposibilita, por lo mismo, el desarrollo de la identidad propia, ya que el ELA no es, en su sentir, ni estado, ni libre, ni asociado (V, 231). Puerto Rico no es, llana y sencillamente, más que una "nación" que "carece de soberanía política". (V, 231) Sus comentarios al artículo "Puerto Rico en la encrucijada, 1964", firmado al alimón por Roberto Rexach Benítez y Celeste Benítez reflejan, acaso como ningún otro, su más significativa denuncia sobre este particular.

3. El sentido de la lengua:

La lengua representa para Nilita el factor primero y la clave de la identidad:

"Yo creo que mientras el puertorriqueño conserve su lengua tendrá a mano todos los fragmentos del rompecabezas para resolver lo que esconde nuestro ambiguo modo de ser. Si la pierde, perderá la clave que le permite unirlos." (IV, 203)

Por la lengua se ha visto envuelta ante los tribunales, por lo menos, en cuatro pleitos. Y, aunque los ha ganado todos con gallardía y denosura, sabe que "el debate de la lengua, que lleva ya sesenta y siete años (escribe en 1965), sólo se terminará cuando se decida nuestro destino político" (V, 197; Cfr. IV, 202).

Es, por lo tanto, un problema condicionado por la confusa situación política, que hace, a su vez, más confuso y difícil el ya de por sí difícil problema pedagógico del aprendizaje lingüístico.

Para Nilita, "nuestra única lengua es el español" (6) y en su "conservación... le va la vida, como pueblo, a Puerto Rico" (V, 195). Ello no significa que no se estudie el inglés, sino que no se estudie en inglés, ya que ésta es una lengua "extraña" y "el niño puertorriqueño no se debe educar en Puerto Rico como si fuera un extranjero". (II, 197):

"Es increíble que en un país con más de cuatrocientos años de historia, una cultura basada en una lengua como la española -que hablan más de veinte países y con características definidas y

propias- se discuta si debe enseñarse en vernáculo... Un país que no logra ponerse de acuerdo sobre un hecho tan esencial como el uso de la lengua materna para impartir el saber... es un país en peligro de desaparecer." (IV, 187)

A su juicio, ninguna de las razones que se aducen para justificar la enseñanza en inglés son objetivamente válidas. Ni la razón de la emigración puertorriqueña hacia los Estados Unidos, ni la de las relaciones políticas con éstos, ni la del hecho siquiera de que el inglés se haya convertido en una especie de "lengua franca"... Ninguna. Nilita ve, por el contrario, en su enseñanza, tal como se ha practicado, no una "vía del enriquecimiento del espíritu", sino una "tortura mental" y una "muralla para el perfeccionamiento de la lengua propia", un verdadero "caos educativo":

"El disparate del bilingüismo no ha hecho más que confundirnos. Imposible pensar claro, o intentarlo, sin el conocimiento adecuado del instrumento para hacerlo, la lengua." (I, 23).

Por eso entiende que, "como norma educativa tiene el rechazo casi unánime de los pedagogos" (I, 197) y que "los verdaderos enemigos de la lengua inglesa en Puerto Rico son los que la tratan como mercancía, los que sólo se preocupan en que se enseñe para los llamados fines prácticos que resultan, a fin de cuentas, los menos realistas." (IV, 200)

No menos craso error le parece presentar el inglés como el "puente entre dos culturas", porque se corre el riesgo de que se convierta en "fosa donde se ahoguen las dos." (I, 23)

El colmo del disparate lo representa la idea de una literatura puertorriqueña en inglés, tal como el Instituto de Literatura Puertorriqueña, creado por la Legislatura para fomentar y estimular la literatura vernácula, lo practica, al "conceder premios a libros en lengua inglesa por razón de que, dada nuestra situación política, el inglés es también idioma oficial." (V, 237).

A Nilita se le presenta ésta como una conducta realmente confundidora:

"Para mí, el más grave de los errores del Instituto es la norma adoptada en los últimos años (escribe en 1956) por mayoría abrumadora, de premiar obras escritas en inglés por puertorriqueños o extranjeros sobre temas o asuntos puertorriqueños, lo que equivale a declarar que puede hacerse literatura puertorriqueña lo mismo en español que en inglés... Afirmar la existencia de esta "literatura bilingüe", porque a causa de nuestra relación política con los Estados Unidos hay dos lenguas oficiales, es confundir..." (I, 255-266).

Tampoco el Centro Cultural Puertorriqueño en Nueva York "se le hace simpático". Lo ve como un producto del paternalismo. Si la Junta de Directores ignora la historia y la literatura puertorriqueña, ese paternalismo se transforma en un insulto:

"No hay derecho a que se llame Centro Cultural Puertorriqueño un organismo cuya Junta de Directores carece de autoridad para llevar a cabo el propósito que ha de cumplir para merecer el nombre." (IV, 27)

4. El sentido de las instituciones

Ya he resaltado su actitud ante el Instituto de Literatura Puertorriqueña y ante el Centro Cultural Puertorriqueño en Nueva York. Hay otra entidad, el Instituto de Cultura Puertorriqueña, al que mira con buenos ojos, pero no sin recelo. Le parece "el más importante de los organismos creados durante el régimen del Partido Popular" (V, 206), mas entiende que "su creación" responde y "es un buen ejemplo de la increíble ambigüedad que caracteriza nuestra vida colectiva y de la curiosa teoría de que la expresión artística está divorciada de la historia y de la política" (V, 206), cosa que juzga como muy desacertada.

Nilita asigna al I.C.P. una misión: "revelar nuestro peculiar modo de ser" (V, 207), "mostrar el Puerto Rico que yace oculto tras las vitrinas creadas para atraer turistas" (V, 207). Para ello debe, sobre todo, bucear en el pasado, lo que "no quiere decir - advierte- vivir en el pasado, sino tener conciencia de lo que se ha sido para mejor saber lo que se es" (V, 207). En este sentido, el Instituto, al que "sólo una minoría lo ve con buenos ojos" (V, 206) se convierte, según lo perciben los asimilistas, en un instrumento

que puede demorar la americanización total."

También el tema de la universidad, a la que asigna, orteguianamente, "por encima de todo, una función rectora" (IV, 121) aparece con intermitencia en sus glosas. Lo más llamativo de su exigencia respecto a aquella se refiere a su vinculación con la realidad de la vida cotidiana, a la libre expresión y a su misión más específica que consiste, en formar ciudadanos aptos y libres (IV, 121), "hombres con sentido de los valores perdurables y proporcionales las armas intelectuales y morales para luchar por ellos y someterlos" (V, 50).

Sobre la libertad de expresión anota que "un profesor universitario tiene los mismos derechos civiles que cualquier ciudadano" (V, 49). Pero su punto más original, me parece, es el de la inmersión universitaria en los problemas actuales, de los que no se puede ni debe desentender. La Universidad ha de prestar atención a lo que ocurre a su alrededor y ha de tratar de influir y de buscar las soluciones apropiadas porque, "No es un organismo aislado; es parte esencial e integrante del conjunto que forma una sociedad". (IV, 121)

Le asigna, sobre todo, la tarea de orientar correctamente a sus estudiantes para el mundo en que viven; es decir, que ha de impartirles un "saber vivo", un saber aplicado "a la vida cotidiana", un saber que les aporte claridad respecto a los problemas "de su país y de su tiempo", a fin de que se "pueda lidiar mejor con ellos cuando llegue el momento de intervenir de modo activo en la vida pública" (IV, 121). En otras palabras que la Universidad no puede ser un organismo de enajenación ni de ensimismamiento, sino de encuentro con la vida. Desde luego, no se debe conformar con enseñar la historia pasada, sino que ha de procurar intervenir democráticamente en la construcción de la presente, enseñando a pensar y a disentir. Si un recinto universitario se reduce a la sola contemplación aséptica de los hechos -pasados e incluso presentes- se desvirtúa como tal y se despoja de su verdadero espíritu.

Hay un organismo con el que la licenciada Vientós se identifica plenamente: el Ateneo Puertorriqueño. Se identifica con él, porque le parece:

-la institución "que mejor refleja el espíritu nacional y a la vez la que mejor revela el espíritu universal" (V, 222)

- "una tribuna libre" en la que siempre han encontrado voz las minorías. (III, 78)

- "la institución que ha tenido y tiene la más lúcida y amorosa conciencia" de puertorriqueñismo (V, 225) y "la voz (misma) de la conciencia puertorriqueña" (V, 226)

- Y, finalmente, como consecuencia de todo ello, porque "mientras viva habrá puertorriqueños con sentido de lo que significa ser de nuestra tierra y tener a la vez conciencia de lo intelectual" (IV, 65).

V. CONCLUSION:

Es una lástima que no podamos rastrear el pensamiento de Nilita Vientós hasta nuestros días. La publicación del Indice Cultural se detiene en el volumen V, que comprende hasta 1966 inclusive. Su pensamiento posterior se halla todavía disperso en periódicos y revistas. Lo quisiéramos ver pronto reunido y facilitado en los volúmenes sucesivos de la Editorial Universitaria. Sería ésta una empresa digna y merecedora de su primacía. Puerto Rico necesita esta obra. La necesita porque, definitivamente, Nilita Vientós es uno de los exponentes máximos de la conciencia intelectual del país; una conciencia de puertorriqueñidad; una conciencia impregnada por el sentido ético de la cultura.

Me apresuro, sin embargo, a señalar que su inteligencia no se resiente de antinorteamericanismo. Si realmente se resintiera, no propagaría tanto la grandeza literaria de esa nación. Lo que Nilita rechaza es la política norteamericana sobre Puerto Rico. Si aquí se desconoce su gran literatura, ello se debe, fundamentalmente, a dos cosas: a su relación política y a "la forma antipedagógica en que se ha enseñado la lengua inglesa" (I.C.I., 23), que ha sido la de enseñarla como autóctona.

Naturalmente, el lector de Nilita comprueba y admira el vastísimo campo de su cultura, su simbiosis entre leyes y letras, su perspicacia crítica...; pero se da cuenta también de que algunas de sus denuncias, como la de la ignorancia de la literatura norteamericana o la del aislamiento cultural de Puerto Rico respecto a Hispanoamérica, se hallan ya, felizmente, en proceso de superación. Otras observaciones y problemas continúan,

sin embargo, tan vigentes, como hace cinco lustros.

En fin, que a mi juicio, lo que Nilita Vientos significa culturalmente es, más que nada, un esfuerzo sostenido hacia la luz y tanto o más que esto, un aldabonazo a la conciencia puertorriqueña para que confíe en sí misma y en su destino como pueblo. En este sentido de iluminación y de llamada, sitúo a Nilita Vientós entre las voces más dignas de la intelectualidad isleña.

NOTAS

1. Ricardo Gullón, "Nilita en Puerto Rico" Insula, Núm. 356-357, julio-agosto 1976, pág. 1.
2. Aurora de Albornoz "Nilita Vientós puertorriqueña universal", Insula, Núms. 356-357, pág. 6-7.
3. Clara Cuevas, "¿Quién teme a Nilita Vientós?" El Mundo, San Juan, Puerto Rico, 6 de octubre de 1974, pág. 6-7.
4. Nilita Vientós, "Asomante", en Asomante, Año I, Núm. 1, pág. 5-6.
5. Ibidem.
6. Nilita Vientós, "Biografía de una revista: Asomante - Sin Nombre" (1945-1985). Sin Nombre, Vol. XV, Núm. octubre-diciembre de 1984, pág. 10.

BIBLIOGRAFIA

Nilita Vientós Gastón, **Indice Cultural**, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

Tomo I, 1948-1955 y 1956, publicado en 1962.

Tomo II, 1957-1958, publicado en 1964.

Tomo III, 1959-1960, publicado en 1971.

Tomo IV, 1961-1962, publicado en el 1971.

Tomo V, 1963-1966, publicado en 1984.